

también recordar que especialmente en todas las escuelas donde el número de libros y la importancia del material de la escuela es grande, debe haber siempre un libro mayor que indique cómo, cuándo y á quién se entregan los libros y útiles. Los asientos en él son muy sencillos, y bien puede confiarse ese trabajo á un ayudante ó á uno de los alumnos mayores; se verá que esta costumbre produce economía y orden y permite saber exactamente si hay razones para sospechar que haya habido descuido ó despilfarro.

Libros de notas del maestro.—He hablado en mi primera conferencia de lo importante que es preparar el bosquejo de las conferencias que han de dictarse. Á esto debo añadir ahora que las notas no han de hacerse en hojas sueltas sino en un libro cuidadosamente conservado. Á menos que un maestro no lo haga así por costumbre, gastará mucho tiempo y trabajo y tendrá la pesada tarea de preparar por segunda vez muchas de sus lecciones. Supongamos que se conserve una anotación sucinta del plan y del orden de cada lección, de los libros ó autoridades que se han consultado al prepararla; supongamos que después de haberla dado se añada una breve nota para expresar si ha resultado demasiado larga ó corta, fácil ó difícil, é indicar, para gobierno propio, cómo se podría dar con más éxito la próxima vez; y finalmente supongamos que se deje un blanco al pie de cada nota y se añadan de vez en cuando, á medida que un dato nuevo se presente, otros hechos ó referencias que ayuden cuando haya que volver á tratar de la misma materia. Se hallará que este sistema es fácil y conveniente para economizar tiempo y trabajo. Así vendrá toda la experiencia adquirida á aumentar más y más los recursos profesionales, y ayudará á reunir los elementos para la práctica profesional de modo que nada se desaproveche.

Libro de notas del alumno.—Es las clases superiores, y para toda lección que tome la forma de conferencia, será buena costumbre el que los alumnos tengan libros de notas para inscribir en el acto todos los detalles que pudieran borrarse de la memoria. Pero esas notas no serán de ningún valor á menos que se empleen más tarde en ayudar á escribir una ampliación y cuidadoso sumario de la lección. La simple tarea de tomar notas, es con frecuencia el trabajo más ilusorio y estéril. Considérese por un momento cuál es el objeto de tomar notas. He visto estudiantes leyendo un texto de historia ó de lógica sentados con el libro á un lado y un gran cuaderno de notas en el que hacían extensos extractos. Parecerá que ha de obtenerse mucho por esos esfuerzos, pero resulta con frecuencia que los pensamientos del autor han sido meramente copiados de un libro y puestos en otro; y la proporción de estos pensamientos que se han grabado en la memoria del estudiante es en realidad muy pequeña. Ha sido un procedimiento mecánico, y no racional, de aprobación.*

Modo de tomar notas en general.—1. El verdadero modo de tomar notas de un libro cuando se lee, si le pertenece á uno, es marcando al margen los pasajes que se juzgan de más valor, y haciendo al fin un pequeño índice de referencias que diferirá del índice impreso, en que estará especialmente adaptado al uso de uno mismo y destinado á ayudarle cuando se consulte el libro más tarde. Pero excepción hecha de este objeto, no con-

* "Los hombres rara vez vuelven á leer lo que han confiado al papel, ni recuerdan lo que así han escrito por más trabajo que se haya tomado. Al contrario, creo que hay una tendencia directa á anular la viveza y sutileza de la memoria, pues disminuye la energía de la atención en el acto de leer é induce á confiar en futuras consultas." — SIDNEY SMITH.

vendrá leer con un lápiz en la mano, ni copiar extractos. Es mucho mejor leer de una vez un capítulo entero ó una sección, mientras todas las facultades están absortas en seguir el razonamiento ó en comprender los hechos. Entonces, cuando se ha cerrado el libro y mientras el recuerdo está vivo, siéntese el lector y reproduzca en su propio lenguaje cuanto desee extraer del capítulo. De este modo habrá estado obligado á fijar el asunto en su mente, á analizarlo un poco, y á comprenderlo bien. Pero á menos que esta especie de análisis se efectúe, no hay seguridad en que alguno de los conocimientos que se trata de adquirir haya sido realmente asimilado; y la misma regla se aplica al uso de cuadernos de notas durante las conferencias. Muchos estudiantes se empeñan en recordar rápidamente frases enteras y en escribirlas en el acto; pero mientras escriben una, otra sigue que modifica enteramente la primera, y que se les escapa. Así obtienen algunos fragmentos separados, sin conexión natural, y no sacan ningún provecho intelectual del conjunto. Yo sé que el prudente uso de un cuaderno de notas depende mucho del carácter especial de la lección, y que muchos de los profesores en las universidades y en otras partes, disponen expresamente sus conferencias ó lecciones para que los estudiantes puedan tomar notas. He oído muy buenas conferencias en forma de frases medidas y cortas pero muy expresivas, en las cuales el orador tiene cuidado de concentrar el mayor número posible de pensamientos; esas frases se pronuncian lentamente, con suficiente intervalo al fin de cada una para dar tiempo de anotarla toda. Sin duda que el resultado del cuaderno de notas parece en estos casos tener un gran valor; pero se puede dudar de que la lección más eficaz tome jamás la forma de dictado; también se puede dudar, con más razón aun, de

que este sistema sirva igualmente para hacer al estudiante pensar en lo que está oyendo á la vez que lo recibe. Cuando el objeto de la lección sea explicar principios, hacerlos servir de ejemplos variados y enseñar al estudiante más bien el procedimiento por el cual se ha llegado al resultado que la fórmula del resultado y las conclusiones mismas, no se obtiene ninguna verdadera ventaja escribiendo largas notas. Es fastidioso, pero no provechoso. Tal vez se escriben algunas frases aisladas cuya interpretación torcida y fuera de su verdadero sentido no representa exactamente la idea expuesta por el profesor. Se pierde la coordinación de sus argumentos mientras se escogen esas frases para anotarlas, y se deja de producir la clase de estímulo y ayuda que el profesor quiere facilitar con su explicación. Si, al contrario, se escucha atentamente tratando de seguir el razonamiento, y se procura el poseerse no solamente de los aforismos y conclusiones, sino de los procedimientos por los cuales se ha llegado á ellos; ó quizás de vez en cuando se apunta una frase característica, una advertencia ó alguna indicación en cuanto al enlace ú orden de los pensamientos; y luego á solas se repasa todo en la mente, y se escribe en un resumen ordenado de los recuerdos conservados, será una adquisición verdadera. Se estará seguro de que algo siquiera de lo que se ha tratado de aprender está asimilado. Creo que convenga la adopción de este sistema al permitir á los alumnos el uso del cuaderno de notas. Enséñeseles á hacer uso de él. No se les deje creer que la reproducción de las frases sea de alguna utilidad; no se tomen los medios por los fines. Es una combinación química, y no mecánica, lo que se necesita. Es la redacción de apuntes después de la lección lo que alcanza este objeto y lo que tiene un valor real, y no los apuntes tomados en

el curso de la misma conferencia. Y en cuanto á los apuntes, no habrá seguridad de que sirvan para algún fin útil mientras los pensamientos del profesor no sean luego reproducidos en el propio lenguaje del estudiante.

Obras de texto.—En cuanto á los libros de texto para las escuelas, la materia es vasta, y mucho podría decirse acerca de ella. Pero sería apartarse del objeto principal de estas conferencias el recomendar tales ó cuales obras en particular, haciendo quizás disfavor á los autores de buenos tratados que yo no haya visto. Lo cierto es, que la bondad de los manuales no es absoluta, sino relativa; depende enteramente de la manera como se usen. El mejor texto es aquel que el maestro cree poder usar con más provecho por acomodarse más á su propio sistema y á sus fines en la enseñanza. Aunque todos los manuales existentes se sometieran á la mejor crítica posible, y aunque se los clasificara después por orden de su mérito considerado en abstracto, poco nos ayudaría el resultado de ese trabajo. Siempre le quedaría á cada profesor la responsabilidad de la elección. La enseñanza más eficaz y aprovechada de que tengo noticia, es la de maestros que á sabiendas usaban muy malos libros de texto, los cuales les daban oportunidad para criticar sus defectos y corregir sus errores, facilitando estos ejercicios sumamente instructivos y el estímulo de los alumnos; porque esa crítica y las correcciones necesarias aguzan la percepción del estudiante y le hacen discurrir. De ahí que el mal libro en manos de un maestro hábil pueda ser más útil que el mejor texto seguido por un maestro cuya aptitud no pase de lo ordinario. Esto no significa que se recomiende como medio general el empleo de malos libros de texto; pero sí conviene entender claramente, que la elección de tex-

tos depende por completo de la forma en que se haya de conducir la enseñanza.

Si el profesor tiene, como todo maestro debiera tener, facilidad é ingenio para la exposición oral, habrá de recurrir muy poco á las explicaciones contenidas en los libros usuales en su escuela; lo que necesitará principalmente serán libros de ejercicios bien graduados que sirvan para completar, fijar y utilizar la enseñanza oral. Pero si lo que se desea son explicaciones, reglas y conocimiento de principios, los libros de ejercicios propiamente dichos no bastan; los que se necesitan entonces son los tratados más ó menos extensos de gramática, aritmética, geografía, etc.; mas el maestro no debe prometerse que el alumno adelante á favor de esos libros, aun habiendo logrado escoger los de más mérito. En las obras de texto, las mejores explicaciones son concisas, y, por lo tanto, generalmente inadecuadas, porque exigen explanación y muchos comentarios.

Condiciones de los libros de texto.—No es difícil determinar las condiciones que convienen á los libros de uso en las escuelas elementales. Empezando por el texto de lectura, debe procurarse que esté bien impreso y sea agradable; que la lectura no sea insustancial y demasiado pueril; que los trozos escogidos no sean demasiado cortos, sino lo bastante largos para que induzcan á sostener el pensamiento en el asunto leído, y que en cada lección aparezcan algunas palabras nuevas, pero muy pocas, que contribuyan á extender el vocabulario del discípulo. Sobre todo, debe cuidarse mucho más del estilo que de la cantidad de doctrina contenida en el libro. En cuanto á los tratados de historia ó de física, serán preferibles los que expongan el mayor número de hechos, pero que estén bien escritos y tiendan á fomentar en el discípulo la aspiración á aprender más

acerca de los asuntos tratados. En los textos de gramática, idiomas, aritmética y geografía, ha de buscarse principalmente que las reglas estén expuestas con buen orden lógico; que los hechos más importantes, y también los de escasa significación, aparezcan en distintos caracteres de imprenta, así como las reglas generales y las excepciones; y que los ejercicios estén dispuestos para la investigación. Los libros de esta clase serán buenos cuando el alumno, después de *saber* una cosa cualquiera aprendida en ellos, pase en seguida á *hacer* algo que le obligue á usar ese conocimiento y á demostrar que lo ha adquirido en realidad; cuando después de haber explicado un término nuevo obliguen pronto á emplearlo; cuando después de exponer una regla den ocasión inmediata para aplicarla á la práctica; y cuando después de señalar alguna distinción lógica ó gramatical induzcan á buscar desde luego nuevos ejemplos que la pongan de manifiesto. Tales son, en mi concepto, los principales propósitos á que han de servir las obras de texto; es decir, dar complemento á la enseñanza oral y no suplirla. La tarea de componer compendios, procurando reducir la esencia de muchos tratados con objeto de formar libros baratos para las escuelas, supongo que sea humillante. De todos modos, parece como que los textos para escuelas hayan de ser, por regla general, obras en que falte inspiración; sus autores suelen revelar carencia de imaginación y una incapacidad particular, que es curiosa, para distinguir entre lo que realmente importa y lo insignificante, entre lo grande y lo pequeño. Esta es justamente la falta que todo buen maestro ha de suplir, y para ello es indispensable la enseñanza oral continuada.

Bibliotecas.—La necesidad de la biblioteca escolar depende en gran parte de la clase de escuelas. La biblio-

teca es de absoluta necesidad en toda escuela de internos; porque los niños tienen ratos desocupados que emplear en algo, gustos que formar y una vida que vivir que no es enteramente la de la escuela. Y hasta en las escuelas de externos hacen gran falta las bibliotecas, como se va reconociendo cada vez más. Mientras cada escuela elemental no tenga su biblioteca, se desaprovechará un gran medio para refinar el gusto y aumentar los conocimientos de los niños, y el establecimiento escolar no llegará á dar completos resultados. En realidad, el principal objeto de la escuela primaria y, hasta cierto punto, en toda escuela de niños, es despertar la afición á la lectura y facilitar á los alumnos asociaciones gratas con relación á los libros. Una vez avivado el deseo de recrearse leyendo, estará medio dominada la dificultad de proveer á la formación de la biblioteca. Y si el maestro pone entonces empeño en formarla y quiere buscar los medios para ello, no le será muy difícil lograr que los niños y sus padres hagan suscripciones y que otras personas contribuyan en una ú otra forma con donativos.

Elección de obras para la biblioteca.—Este es asunto que merece pensarse. En primer lugar se necesitan para la biblioteca escolar, como obras de consulta, buenos manuales que sirvan para amplificar las lecciones dadas en clase; pues conviene que el maestro pueda hacer indicaciones por este estilo: “El asunto de que ahora estamos tratando se halla expuesto más por extenso en tal libro.” “Respecto á esta flor ó este animal, hay tal escrito notable, en prosa ó en verso, de tal autor.” “Será muy bueno, y les gustará á ustedes seguramente, leer la vida de tal personaje antes de que volvamos á tener clase de historia.” A fin de que haya ocasión para estas indicaciones, se han de tener en la biblioteca obras de

consulta, libros más completos y voluminosos que los textos usuales en la escuela. Lo manifestado es aplicable á todas las escuelas en general, porque así el maestro dirige la lectura aun fuera del establecimiento y enseña al niño el modo de distraerse con provecho en sus ratos desocupados. En las escuelas á las cuales asisten exclusivamente los hijos de personas de cierta posición é ilustradas, no es de tanta importancia relativa la biblioteca escolar, porque es de suponerse que los padres educados procuren la conveniente lectura para sus hijos; pero donde más se necesitan las bibliotecas es en las escuelas de pobres y en las de internos, cualquiera que sea su clase y categoría.

No siempre han de ser libros "para niños."—Muchos de estos libros se han de tener, pero no todos deben ser de igual género é importancia. Algunas veces les disgustan á los niños, no sin motivo, los libros escritos exclusivamente para ellos, porque les parece demasiado *pueril* lo que contienen. La inteligencia del niño suele descubrir algo que no le agrada en la afectada simplicidad de muchos autores. Les ocurre lo que á nosotros nos sucedería con libros compuestos expresamente para personas de nuestra edad y profesión y para nadie más. Nosotros queremos, como quiere el niño, leer obras que no estén arregladas á *nuestra* comprensión, sino libros que sean buenos é interesen por sí mismos, destinados á toda clase de lectores.

Ni todas las obras han de ser de ciencias y de moral.—Nosotros mismos no gustamos siempre de leer tales libros, puesto que muchas veces no recurrimos á la lectura con intento de instruirnos ó de perfeccionar nuestra alma. Recordemos, por tanto, que si el niño se ha de aficionar á la lectura debe proporcionársele alguna libertad de elección. Pensemos en lo mucho que hay

que aprender en el mundo acerca de su estructura, de sus productos naturales, de su relación con los cuerpos celestes, de los grandes hechos realizados en él, de las grandes especulaciones humanas y de las variadas formas de la vida del hombre en las diversas épocas históricas; pero no olvidemos que aparte del mero conocimiento de las cosas reales existen las creaciones de la imaginación, lo novelesco, lo poético y hasta los sueños y los cuentos de hadas. No miremos con desdén tales cosas imaginarias, ni supongamos que todos los frutos inmateriales provengan del árbol de la ciencia. Lo maravilloso, lo que excita la curiosidad, el sentido de lo infinito y el amor de lo grande y remoto, de lo extraño y pintoresco; todo esto, en verdad, no constituye conocimientos escolásticos propiamente dichos, pero á su tiempo puede también convertirse en saber útil, en penetración, en potencia intelectual.

Tolerancia respecto á los diferentes apetitos mentales.—Debemos abstenernos de dirigir la lectura del niño con arreglo á nuestros propios gustos, teniendo presente que no todos los niños sienten los mismos apetitos intelectuales, y que si los sintieran sería muy monótono el mundo que habitamos. No ha de extrañarnos que hasta nuestros discípulos favoritos dejen de leer á gusto las obras que les recomendamos, ó de admirar las que nosotros pongamos por modelos dignos de admiración. Hemos de atender naturalmente en primer lugar á que las lecciones dadas resulten completas, y á usar de la biblioteca para los propósitos peculiares de la escuela. Una vez satisfecha esa principal conveniencia, y considerando la utilidad de que el alumno se recree leyendo en la biblioteca, lo primero que se ha de procurar es que ésta sea lo más completa y variada posible, y no incluir en ella ningún libro cuya lectura sea nociva ó inconve-

niente, dejando luego entera libertad al niño para que elija las obras que le merezcan preferencia. Tengamos fe en los instintos del joven lector y en la ley de la selección natural, no olvidando que todo libro cuya lectura deleita de veras, que da expansión al pensamiento y que llena de brillantes ideas el espíritu, merece leerse aunque no sirva visiblemente á ningún propósito de la instrucción escolástica.

Museos escolares.—Muchos pueden ser los usos de los museos escolares, pero no todos se perciben á primera vista. Es obvio que si se enseña botánica, una colección de flores silvestres de la localidad, debidamente conservadas y clasificadas, será un recurso útil. Pero aunque no se explique separadamente esa asignatura, siempre será valiosa é interesante la colección bien preparada y arreglada de hojas, flores y frutos de los árboles, de helechos y hierbas y demás productos vegetales del distrito. También deberán coleccionarse ejemplares de insectos, piedras y conchas; muestras de las primeras materias empleadas en alguna manufactura local, y de las mismas sustancias en diversos estados de elaboración; estampas que manifiesten la formación geológica del territorio vecino; un modelo, hecho de barro ó de yeso, que indique lo mejor posible la conformación de las montañas y los valles cercanos; dibujos, ó ejemplares, de las antigüedades del país, con citas acerca de sus relaciones históricas. Cuando todo esto se ha puesto en orden, guardándolo en armarios á propósito, y se han designado personas encargadas de cuidar de su buena conservación, que pueden ser discípulos aventajados, sorprende el ver qué ufanos se sienten con tales cosas los alumnos de la escuela, y con cuánto interés y gusto contribuyen al buen cuidado y aumento de las colecciones. Un museo de esta clase no puede

formarse de una vez, sino poco á poco, con trabajo y constancia de buenos observadores; ni es preciso que todo lo reunido sea material científico ó de enseñanza escolar, pues también pueden formar parte del museo los trabajos de invención ó de algún mérito artístico como dibujos, modelos en madera, etc., ejecutados por los mismos alumnos de la escuela. Cada uno de ellos debe procurar que en su escuela quede algún recuerdo de su trabajo y aficiones particulares. El museo escolar no vale tanto cuando deja de haber en él cosas en que se hayan interesado directamente los alumnos. Por pequeña que sea la colección debe ser característica de la escuela y de sus trabajos especiales é historia; satisfaciendo á esta condición, no sólo será útil auxiliar para la instrucción científica, sino que incitará á los alumnos á contribuir con los objetos que posean y hará que aumente su apego al establecimiento donde reciban enseñanza.

El material muy costoso no suele ser el mejor.—Al tratar de la enseñanza de cada asignatura en particular, indicaremos qué material ó aparatos especiales convienen al profesor y al alumno. En este lugar cabe, sin embargo, una observación general. Se inventan cada día nuevas é ingeniosas formas de auxilios materiales para la enseñanza, y los que los venden están naturalmente interesados en multiplicarlos; lo cual hará creer á algunos profesores, que el material de una buena escuela llegue á ser muy complicado y costoso. Pero nos tranquiliza el recuerdo de que el material que más gasto exige no es precisamente el que presta mejores servicios. Una buena muestra escrita de mano del maestro suele ser más útil que otra grabada; el rudo dibujo hecho en el encerado para explicar el curso de un río ó los límites de una región geográfica, es de más efecto